

PRESENTACIÓN

Los mitos son narraciones fabulosas de origen desconocido. No se sabe quién los inventó: fueron transmitiéndose de generación en generación como una buena noticia o una verdad maravillosa. Se puede decir, por tanto, que no tienen autor, o lo que es lo mismo, que nadie tiene derecho sobre ellos: son patrimonio de la humanidad.

Todas las culturas han creado mitos. Con ellos han transmitido a lo largo de los siglos sus creencias, sus valores, sus temores, sus proyectos. Resulta altamente interesante ver cómo muchas de las narraciones mitológicas de culturas muy dispares coinciden en lo esencial. Existen muchas *mitologías*, pero en el fondo sólo son diferentes puestas en escena de una misma narración, una gran narración que nos habla de las verdades esenciales sobre los hombres y los dioses, de los orígenes del mundo, del sentido de la vida, del bien y del mal, de cómo llegar a ser realmente humanos, del porqué de las cosas, del destino de los hombres...

Como narraciones, estas maravillosas historias necesitan de los *mitógrafos*, de alguien que las cuente una y otra vez. Pero se ha de tener claro que ellos no las han creado, sino que se han limitado a transcribir visiones o experiencias arcaicas de hombres que no conocieron. Se puede decir que con los *mitógrafos* "se terminan" los mitos y comienza la historia.

Los mitos no son, por tanto, objeto de la ciencia histórica, sino simplemente de la narración y, como consecuencia propia, de la reflexión. No nos informan sobre acontecimientos históricos, sino sobre la experiencia religiosa, en el sentido más profundo de la palabra, del hombre primitivo.

Por eso, este libro no pretende sino contar mitos. Estoy convencido de que el hombre actual —los niños, los jóvenes y los adultos— necesita que se le cuente un mito antes de dormir, antes de recostarse en su mullida incredulidad. Es más, el hombre de hoy necesita ensamblar el pequeño guión de su vida en un gran argumento, por eso necesita los mitos, que le enseñan que la biografía de cada hombre es un eslabón más de una enorme cadena.

Pero no se puede contar mitos sin dar una interpretación. La forma de contarlos indica ya una manera de ver la realidad, una cierta racionalización del mito. He aquí una paradoja contra la que habrá que luchar a lo largo de estas páginas y que está presente ya en el título: cómo explicar lo extra-racional, cómo contar mitos. Pero para eso están, para ser contados. Los mitos permanecen por definición fuera del alcance de lo netamente racional, son difíciles de pensar, como dice Julián Marías, por este motivo, no pretendo descubrir su sentido "metafísico" ni dar una interpretación completa y acabada, no aspiro a meterlos dentro de los límites de la mera razón, sino sólo a dejar que nos sigan sugiriendo desde su estrato extra-racional.

En los mitos late lo maravilloso, porque en ellos descubrimos lo que no somos capaces de ver con las lentes que de ordinario llevamos puestas. Cada relato es como un antejo —vemos a través de él— que nos acerca a un pasado inmemorial, a una época fuera de la historia, antes de todo, imposible de fechar. Gracias a ellos podemos contemplar el origen y, en ellos, mirarnos a nosotros mismos.

Los mitos son susurros de la divinidad, verdades musitadas a los oídos de los antiguos. Por eso, son esencialmente verdad y nos transmiten verdades esenciales. Mejor dicho, son esencialmente verdad justamente porque nos transmiten verdades esenciales. El que cree en relatos míticos no peca de credulidad, no es un ingenuo, un inocente anacrónico, sino alguien que cree que existen certezas valederas en todo tiempo y lugar, que profesa una fe inquebrantable en una verdad esencial sobre el hombre y que la busca por encima de prejuicios sociales, culturales o religiosos.

Con gran acierto, Pierre Grimal afirma: "Un relato, para merecer el nombre de mito, debe hallarse situado, en grado mayor o menor, en el mundo de las Esencias." Y de esa forma justifica que para Platón los mitos tuvieran tanta importancia.

Creer en los mitos se asemeja a creer en los Reyes Magos. Sabemos que sus coronas son de plástico, sus trajes alquilados y los camellos prestados, pero eso no es lo importante. Lo que cuenta es que seguimos creyendo en lo maravilloso.